

Cuarto de baño y comedor de un piso pequeño.

La MADRE mira la televisión. El HIJO (unos catorce años) está en el cuarto de baño. Tiene puesto un pantalón de pijama y el torso desnudo. Mira su rostro en el espejo. Coge una báscula que hay junto al bidé, se quita los pantalones y se pesa. Hace un gesto de desaprobación. Se baja de la báscula. Espera un momento y vuelve a subirse en ella. Mira el peso. Con enfado, deja el aparato en su sitio.

Se pone el pijama y pasa al comedor.

MADRE. Por fin, bello durmiente. ¿Has visto la hora que es?

El HIJO coge una manzana que hay sobre un frutero.

HIJO. ¿Vas a salir hoy a comprar?

MADRE. *(Sin dejar de prestar atención a la televisión).* No, no. Hoy no.

HIJO. Es que casi no queda fruta.

MADRE. No puede ser. El martes compré, tiene que quedar. Mira en el frigorífico. *(Viéndole con la manzana en la mano).* ¿Sólo vas a desayunar eso?

HIJO. Necesito tu ordenador, para un trabajo del instituto.

MADRE. Yo tengo un zoom a las once. Lo puedes usar después.

HIJO. ¿Por qué no apagas la tele? Estoy harto de escuchar siempre lo mismo.

MADRE. No es siempre lo mismo. Ojalá lo fuera, pero no, cada día es peor. ¿Quieres que te haga unas tostadas?

HIJO. No me apetece.

MADRE. ¿Seguro?

HIJO. Seguro.

MADRE. Intenté traer tus cereales, la marca que te gusta, esa con chocolate, pero no quedaban.

HIJO. ¡Déjalo ya!

MADRE. ¿Qué te pasa?

HIJO. ¡Nada! ¡No me pasa nada! ¿Me puedes dejar tranquilo?

MADRE. Eh, no la pagues conmigo. Entiendo que esto es difícil para ti. Que echas de menos a tus amigos. Y el equipo de waterpolo. Pero al menos estamos bien. Nosotros tres aquí, estamos bien. Tenemos que sentirnos afortunados. Y los abuelos por ahora están sanos. Por ellos sí que tengo miedo, ¿sabes? Pienso en los dos solos allí y no sé qué hacer para... *(Se le quiebra la voz. No puede seguir hablando).*

HIJO. Ya, mamá, ya. Lo siento.

Breve silencio.

MADRE. Espera.

La MADRE sale. Regresa al momento con un paquete de donuts de chocolate.

MADRE. Los tenía escondidos, por tu padre. Ya sabes lo dulcero que es y él no puede abusar. Anda, cómete uno.

La MADRE le tiende el paquete con una sonrisa.

HIJO. No tengo hambre.

MADRE. Venga. Si te encantan...

La MADRE abre el paquete y saca un donut que le da al hijo. Este lo mira y, finalmente, lo muerde, empieza a masticarlo. La MADRE le mira contenta.

MADRE. Me voy a duchar. Anda, dame un beso. *(El HIJO lo hace).* Todo va a salir bien.

Ya lo verás.

La MADRE se marcha. El HIJO mira el donut a medio comer en sus manos. Se va al baño y cierra la puerta. Tira el trozo al wáter. Se pone de rodillas frente al inodoro; se mete los dedos en la boca para vomitar lo más en silencio posible.

#NOTAS DE DIRECCIÓN

GRACIA MORALES

Esta escena puede representarse en casa muy fácilmente. Todos/as tenemos baño, báscula, televisor, una manzana (u otra pieza de fruta), un paquete de donuts (u otra pieza de bollería). Si me lo imagino en un teatro, yo intentaría reducir al máximo la parte escenográfica para dar más sentido a lo que realmente está en juego: la preocupación de la madre por lo que está pasando fuera (mundo al que accede a través del televisor), pero su incapacidad para ver el problema que tiene en casa; el silencio del hijo, en ese momento tan vulnerable de la adolescencia.

Todo debería ocurrir sin perder la cotidianeidad, sin llevarlo a la sobreactuación: los personajes son gente normal y la situación intenta retratar una de las miles de pequeñas historias, de anónimos conflictos, que se están viviendo de puertas para adentro en estos días.